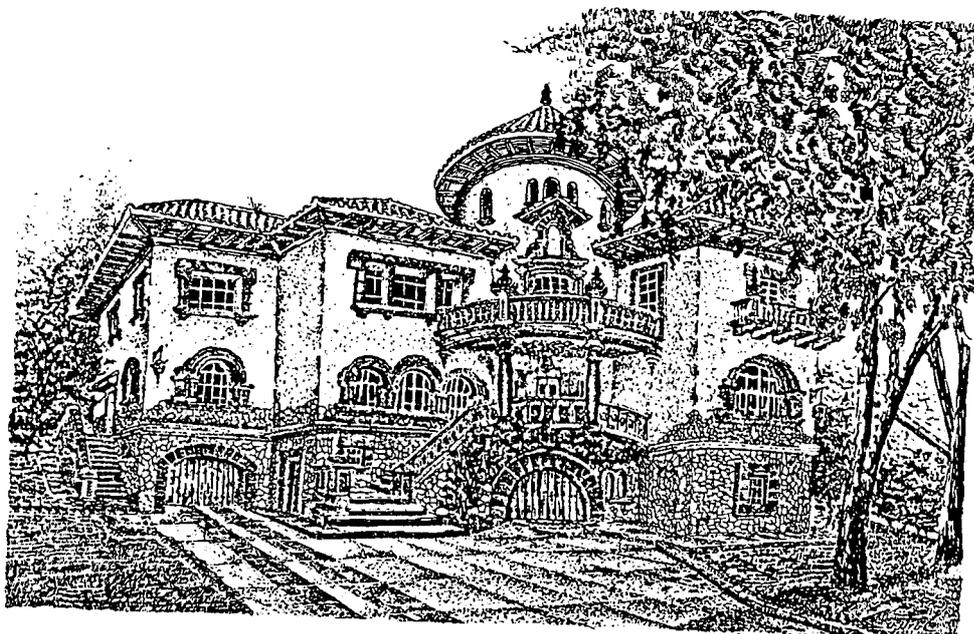


2

Instituciones Culturales y Cultura Popular

MARIO JARAMILLO PAREDES



Hasta hace algunos años los dedos de una mano eran suficientes para contar el número de instituciones culturales que tenían una vida activa y pesaban de alguna manera en la promoción y debate sobre el quehacer cultural. En Cuenca, por lo menos esa era la realidad y, hasta donde conozco, no tenía variaciones sustanciales en otras ciudades del país. Cierto es que existían grupos más o menos numerosos de carácter particular que se reunían para hacer cultura en algunas de sus manifestaciones: pintura, por ejemplo, o teatro. Pero normalmente eran grupos efímeros, en la gran mayoría de los casos.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana con sus respectivos núcleos en la mayoría de las capitales provinciales jugaba, dentro de ese contexto, un papel altamente significativo. Por lo menos a nivel de provincias era de las pocas instituciones con vida estable y actividad frecuente.

Frecuente debe entenderse aquí como conferencias de mes en mes, algún concierto o recitales poéticos. Lo más destacado de su aporte estaba, en aquel entonces, en la labor editorial, difundiendo la creación de autores más o menos consagrados. Y prácticamente con ello dejamos de contar. Las universidades, aparte de sus tareas específicas, para utilizar un término muy de uso en la actualidad, tenían poca actividad cultural extracurricular. De tarde en tarde algún ciclo de conferencias o seminario, rompían la monotonía de sus labores docentes.

En esas circunstancias el público al que se servía con esos escasos actos y acciones culturales era reducido en extremo. Se trataba de una élite que concurría a charlas o conciertos. Las grandes mayorías permanecían virtualmente alejadas de esa actividad. La división entre cultos e incultos era rígida. Los cultos podían ser contados fácilmente.

La masa de incultos era ilimitada. Una sociedad con fuertes rezagos de estructura feudal se expresaba nítidamente en el ordenamiento no solamente social, sino también cultural. Los pocos cultos miraban con desdén a la “plebe” y ésta no entendía ni le interesaba lo que hacían unos pocos señores muy importantes que eran los oradores fijos en toda ceremonia y los que cantaban las virtudes de alguna reina de la ciudad o se alababan mutuamente en los pocos actos que se daban.



La cultura -en esta limitada visión de los cincuenta o sesenta- tenía límites claros que no podían ser rebasados so pena de caer en la herejía más repudiable. Esos límites eran los que los grandes centros monopolíticos establecían con la moda del buen gusto: las tendencias consideradas clásicas y las nuevas corrientes en la literatura o las artes plásticas.

La cultura “oficial” había sufrido, desde luego, algunos embates, unos más fuertes y otros pasajeros. En la década de los sesenta, por ejemplo, la irrupción de grupos iconoclastas como los tzántzicos o “reductores de cabezas” empeñados en demoler todas las manifestaciones elitistas y crear una nueva expresión. Eran los primeros años posteriores a la revolución cubana y del optimismo en la creación de una nueva latinoamérica justa, igualitaria. Instituciones como la Casa de la Cultura sufrieron el empuje vigoroso de las nuevas corrientes y debieron acomodar sus viejos moldes a las nuevas circunstancias. La literatura de combate expresada a través de folletos, publicaciones que casi siempre terminaban con dos o tres números y panfletos al rojo vivo, marcan una época en que se

sobredimensionó las reales posibilidades de un cambio estructural en el país partiendo desde el cambio cultural. Son los años de la revolución cultural de Mao y del movimiento de Mayo en París, procesos ambos que encandilaron a una generación transitoriamente convencida de que la revolución podía hacerse con frases o por medio de la razón. Epoca de utopías que, obviamente, pronto chocaron contra la fuerza demoledora de una realidad cuyos beneficiarios no estaban dispuestos a ceder un centímetro en sus privilegios.

Dentro de ese contexto las instituciones culturales, si bien representaban un puesto de avanzada con relación a los círculos dominantes, tenían las limitaciones inherentes a su condición de entes oficiales. Cierta es que allí podían debatirse tesis radicales y puntos de vista renovadores, pero el espacio para pasar de la palabra a los hechos, simplemente no existía. Por lo general las instituciones culturales son siempre terriblemente conservadoras en sus concepciones, limitación que se ve respaldada por la montaña de trabas burocráticas que hace, generalmente, morir antes de su alumbramiento cualquier idea

renovadora que suponga un cambio de hábitos en la rutina diaria.

Podría decirse mucho sobre la antinomia clásica del conservadurismo de las instituciones oficiales en el campo de la cultura y la constante renovación que generan los movimientos culturales. Fernando Tinajero, entre otros, ha señalado claramente esta oposición en algunos de sus trabajos, particularmente en la *TEORIA DE LA CULTURA NACIONAL* editado en la Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano. En efecto uno de los graves males de las instituciones legalizadas y sacramentalizadas por el Estado y el orden establecido es su tendencia, casi innata diría yo, a preferir la rutina, lo dado, lo consolidado, a lo nuevo. Existen, desde luego excepciones, pero son solamente casos aislados que abonan a favor de esa interpretación. Los movimientos culturales, generalmente integrados y protagonizados por las nuevas generaciones aún no incorporadas a los sistemas de poder y al lento engranaje del orden establecido, tienen en cambio un dinamismo y vitalidad asombrosos. Desgraciadamente buena parte de esos movimientos son flor de un día. Duran lo que el sistema necesita

para incorporar a su actores al carruaje oficial.

Sin embargo la fuerza y el carácter innovador de estos movimientos debe ser auspiciado de manera que el ímpetu se canalice en bien del país. En estos últimos tiempos se ha caminado algo en esta dirección y nuevos grupos, nuevas tendencias, tienen espacio en los cuales pueden expresarse y de hecho lo hacen. Las instituciones culturales están en la obligación de fomentar esas manifestaciones inclusive restando parte de los recursos destinados a los consagrados que, en rigor, no necesitan ya de ese auspicio.

Las instituciones de carácter particular, con mayor libertad de acción, menores trabas burocráticas y ciertamente más dinero que las estatales, han comprendido en varios casos esta situación y han promovido

estas nuevas manifestaciones. Salas de exposiciones, recitales, eventos de distinta naturaleza encuentran en este sector un campo cada vez más amplio y un público numeroso. Las instituciones estatales tienen un reto al cual responder. No dejarse ganar por la inercia ni la costumbre. Librar luchas internas para romper los rígidos moldes administrativos y los interminables papeleos, es una tarea prosaica si se quiere, pero ineludible para dar a estas instituciones la frescura y vitalidad que tienden a perder con el paso del tiempo.

En el país ha estado ausente hasta ahora una verdadera planificación cultural. No ha existido una política claramente enunciada y llevada a la práctica. O, cuando se han dado pasos en esa dirección, la inestabilidad de los regímenes y dentro de éstos de los funcionarios del área cultural, ha cortado toda



posibilidad de planificar, priorizar y concretar esas políticas. Como resultado de ello hay una evidente duplicación de esfuerzos, dispersión de recursos y falta de efectividad en la mayoría de los programas.

Sería interesante -yo por lo menos no conozco- un balance sobre la naturaleza de los proyectos y programas desarrollados por los organismos o instituciones culturales de carácter estatal. Una visión de conjunto que nos permita saber por lo menos en qué áreas están trabajando estos entes. El Consejo Nacional de Cultura acaba de asumir esta tarea a través de solicitar la descripción de proyectos que se desarrollan durante el presente año y la planificación para el siguiente. Me parece que se trata de un paso significativo para saber qué hacemos y luego para coordinar acciones.

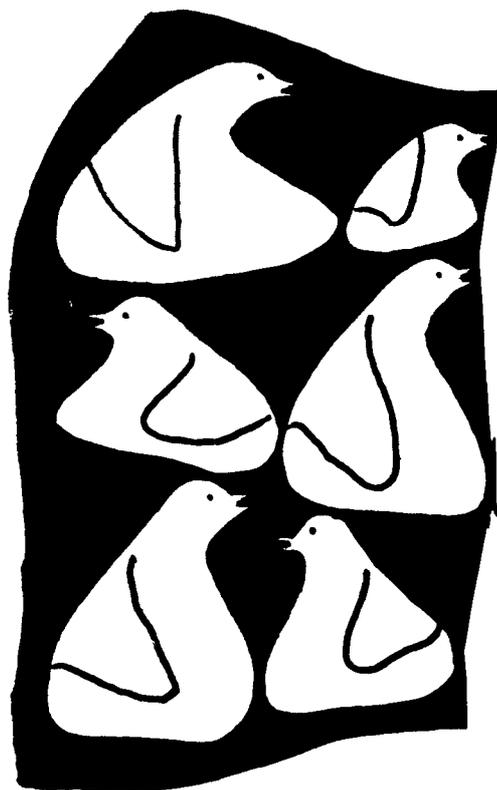
Sin embargo, y retomando el punto anterior, nada extraño sería que ese balance arroje un resultado dentro del cual la cultura popular ocupe un porcentaje ínfimo en la preocupación y las acciones concretas de nuestras instituciones. Mientras al frente se evidencie una abrumadora mayoría en programas y apoyos a lo

que oficialmente se considera como cultura, es decir como cultura elitista. Más aún, me atrevería a decir que dentro de los proyectos culturales, buena parte de los organismos e instituciones oficiales entienden cultura solamente en la vertiente de la literatura. Esa visión reduccionista y desde luego equivocada de creer que solamente la literatura es cultura ha generado graves males en el país y ha determinado que se desatienda otras actividades cuyo retraso es sensible justamente por esa falta de apoyo. Siempre he criticado esa concepción que no es de ahora sino de siempre. Cultura ha sido por lo general publicar literatura y auspiciar una que otra exposición pictórica o algún concierto muy de tarde en tarde.

A estas alturas de los tiempos nadie discute que el nuestro es un país pluricultural en el que coexisten, muchas veces sin relación entre sí ni un vínculo a través del Estado, etnias y culturas que si bien pueden tener un sustrato común, se han diferenciado significativamente con el paso de los siglos. Chachis y Saraguros, para poner un ejemplo, tienen tantas diferencias culturales entre sí como un tibetano con un caribeño. Esa rica y compleja realidad pluri-cultural

ha estado sin embargo al margen de la atención estatal. Su cultura ha sobrevivido, en la mayoría de los casos, contra corriente y pese a la cultura oficial. Cuando de tarde en tarde algún proyecto ha tratado de apoyar esos valores y de rescatarlos como parte de nuestra realidad, más se ha caminado por un folclorismo turístico, que por el respeto y la justa valoración que merecen esas nacionalidades indígenas. Hay, desde luego excepciones. Instituciones como el Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares, CIDAP, o el Instituto Andino de Arte Popular, IADAP o proyectos de investigación de otros organismos que han dedicado sus esfuerzos a entender esa realidad, a rescatarla, valorizarla y difundirla. Pero en un balance general, la cultura popular y la vernácula no han merecido el respeto y el apoyo a que tienen un elemental derecho. En muchos casos, triste es decirlo, conocemos más sobre la cultura de otros pueblos, de otras latitudes, que de los nuestros. En estos días gracias a una toma mayor de conciencia sobre este problema, el Ministerio de Educación en convenio con el CIDAP, mantiene un proyecto que lleva ya seis años y ha sido renovado para estudiar y difundir la

cultura popular en el país. Las investigaciones han producido ya seis volúmenes sobre la cultura popular en Azuay, Cotopaxi, Bolívar, Esmeraldas, Imbabura y Cañar, encontrándose en preparación el tomo relativo a Tungurahua y proyectos sobre Manabí y Chimborazo, así como la región amazónica. En todo caso la literatura sobre cultura popular ecuatoriana sigue siendo escasa si es



que comparamos con lo que existe sobre aquella cultura a la que se ha dado en llamar oficial o elitista. Cambiar esa realidad implica una decisión política y una toma de posiciones que ojalá se concrete lo más pronto posible.

Resulta evidente que ha existido y subsiste un marcada injusticia también en este campo. Que la cultura popular no ha merecido ni lejanamente el apoyo y el respeto que cuando menos por representar la forma de vida de millones de ecuatorianos que las integran, se merece. No se trata de pedir protección en el sentido paternalista, sino un reconocimiento del derecho que tienen las comunidades involucradas en esta cultura anónima pero vital que se extiende por todas las regiones del país.

No se trata tampoco, desde luego, de pedir que se suspenda el apoyo de la cultura oficial, que generan las instituciones y organismos dentro de su propio campo de acción. Sería esa una posición necia y negadora de una realidad a través de la cual nuestro país se interrelaciona con el mundo. Hablamos de justicia, nada más, pero tampoco nada menos.

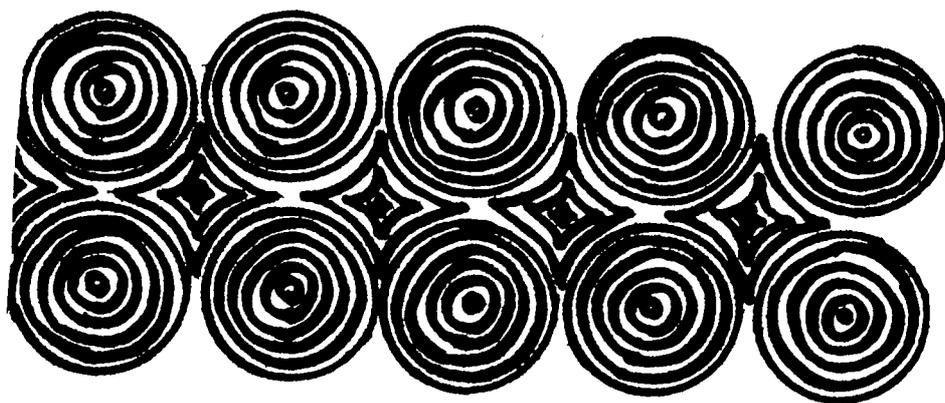
Se trata, en última instancia de propender, cuando menos, a un sano equilibrio. No es posible desconocer, por otra parte, que ese complejo fenómeno que se denomina cultura entendido en su amplio sentido antropológico traduce una realidad social en la que unos grupos detentan el poder y otros son los dominados. Los grupos que ostentan el poder y que por supuesto tienen múltiples y profundas diferencias entre sí, mantienen sin embargo, entre otros puntos en común, su participación en la hegemonía sobre la cultura, sus mecanismos de consolidación y de difusión. Las comunidades rurales, los sectores populares, como contraparte, carecen de los medios necesarios para expresarse y para ampliar su radio de acción. Es una oposición evidente y una disputa desigual en la cual el Estado, que se supone debe ser juez probo, expresa como siempre los intereses de un grupo y no de toda la comunidad.

A propósito de esta verdad que es innegable, Agustín Cueva destacaba el hecho, por ejemplo, de que el realismo social, del cual el indigenismo es una vertiente, pese a lo local del tema es lo más universal que como aporte ha dado el Ecuador, por

no decir lo único. Sirve ello para argumentar a favor de la tesis de que la dirección por la cual debería marchar el apoyo de nuestras instituciones y organismos no puede seguir desconociendo el valor de la cultura popular. Pero no solamente como tema de la obra plástica o de argumento de la creación literaria, sino como un real y efectivo apoyo al desarrollo autónomo e independiente de sus propias vivencias. La cultura popular entendida como creación de esos mayoritarios grupos anónimos tiene la suficiente potencia y capacidad creadora como para merecer el auspicio del Estado. Darle la oportunidad, así como se da a la cultura que llamamos oficial es un imperativo ético y de justicia que no

puede soslayarse por más tiempo so pena de mantener una aberrante injusticia por debajo de las declaraciones líricas.

Resulta evidente y no requiere por lo tanto de una demostración el hecho de que nuestro país atraviesa por una severa crisis económica que repercute en los diferentes campos del quehacer tanto individual como colectivo. En estas circunstancias es un imperativo administrar y lo más eficientemente posible los siempre escasos recursos destinados para el fomento de la cultura. En una época de bonanza es fácil distribuir fondos y brindar el apoyo que las instituciones y los sectores organizados requieren.



Hoy se vuelve un imperativo crear un estricto orden de prioridades que responda a la razón y la justicia. Otorgar a la cultura popular el sitio que por derecho le corresponde es un imperativo insoslayable. La difusión y el fomento de la cultura en los grandes sectores populares, especialmente aquellos pertenecientes a los grupos alejados de los centros de poder, no puede pasar por el consabido camino de llevar a esas comunidades actos o programas de una cultura ajena a ellas y que por lo tanto les resulta extraña.

El verdadero camino va necesariamente por el fomento de sus

propias manifestaciones, sin paternalismos ni dádivas, sino con un estricto sentido de justicia. La capacidad de autogestión de esos sectores es ilimitada precisamente por el abandono en que han debido sobrevivir. La adversidad ha generado en ellos enorme creatividad que puede y debe desarrollarse con el apoyo del Estado y de sus instituciones; allí está la matriz generadora de la cultura popular, esa "otra cultura", a la que tanto debemos nuestra identidad mestiza.

